

## Notas de andar y ver

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Quizá fue una agujeta mal amarrada, tal vez una pelota suelta, una distracción. François Furet tropezó jugando tenis, se golpeó la cabeza y murió. Tenía setenta años. Estaba en la plenitud intelectual. En marzo había sido electo para ingresar a la Academia Francesa. No llegó a ocupar la silla que llevaría su nombre. No hubo agonía que anunciara con tiempo el final irremediable. Ningún médico sentenció anticipadamente el desahucio. El más impredecible de los eventos terminó con su vida. Lo imprevisible fue responsable de su desgracia. Una trágica coincidencia unía su sabiduría liberal con su muerte. François Furet subrayó en todo su trabajo el imperio de lo político que, en otras palabras, es el cogobierno del azar. Frente a la superstición historicista que sostiene la lógica necesaria de la historia, Furet razonó lo contingente. La Revolución francesa, a la que dedicó la inteligencia de su vida, tanto como su muerte, no estaban escritas en el destino.

Liberal al fin, Furet calibró el pasado y sus múltiples posibilidades. Pensaba que su gremio sufría de una enfermedad profesional que los empujaba al determinismo. El historiador se convierte en "aquel que siempre reduce los elementos potenciales de una situación a un único futuro, ya que sólo este último ha tenido lugar." El historiador juicioso aprecia las realizaciones del pasado tanto como sus posibilidades frustradas.

El más grande de los historiadores franceses de la posguerra nació en París, se acercó a la resistencia y en 1947 ingresó al Partido Comunista. La invasión soviética de Hungría provocó su renuncia al partido. Entonces perdió la fe. Enfrentó con horas de estudio y letras de lucidez la interpretación canónica, es decir marxista, de la Revolución francesa. Pensarla *revolución*, seguramente su obra más polémica, restituyó la centralidad de la política a 1789. Frente al seco determinismo de la ortodoxia jacobina, Furet iluminó a los personajes y sus decisiones. Su mayor contribución fue, como dijo el historiador Emmanuel Le Roy Ladurie, hacer de la Revolución un espacio intelectualmente habitable. Furet propuso pensar la Revolución francesa más allá de la conmemoración. Estaba convencido de que había llegado el momento de enfriarla, privarla por fin de su significado celebratorio y devolverle el atractivo intelectual que tienen los eventos del pasado. Esa empresa historiográfica comenzaba la crítica de la idea misma de la Revolución como la sacudida radical que funda una nueva era. Ahí Furet reencontraba el genio de Tocqueville, su gran maestro.

Hace un par de años el Fondo de Cultura Económica publicó uno de los libros más importantes que se han escrito después de la caída del Muro: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*. En esta obra, sobre todo en su brillantísimo primer capítulo, se encuentra un trozo de nuestro siglo: la fe comunista. La ilusión política, podemos confirmar en el libro de Furet, no es un vaporcito inocente: es fuerza constitutiva de la historia.

En el trabajo intelectual de Furet no admiramos solamente la lucidez sino su valentía, es decir, su honestidad. En una atmósfera dogmática en que, como decía el viejo eslogan, "es mejor equivocarse con Sartre que acertar con Aron". Furet se enfrentó al catecismo. El tiempo le dio la razón.

En la edición de verano de la revista *Foreign Policy* aparece un interesante artículo de Jacques Attali, economista, filósofo, asesor del presidente François Mitterrand y director faraónico del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo que fue acorralado por el escándalo. "La quiebra de la civilización occidental; los límites del mercado y la democracia" es el título. Frente a la ilusión de que el mercado y la democracia impulsan armónicamente el desarrollo humano, Attali resalta las tensiones que existen entre estos regímenes de competencia. Attali argumenta que el maridaje del capitalismo y la soberanía popular enfrenta tres graves problemas: la inaplicabilidad de sus principios en ámbitos centrales de la vida social; la contradicción entre sus valores y sus deficiencias internas. En primer lugar, las instituciones centrales de Occidente, la empresa y la burocracia, se organizan bajo principios jerárquicos y una estricta planificación. El mercado y la democracia se quedan por fuera de estas estructuras que son columnas vertebrales de nuestra sociedad. El mercado y la democracia, por otro lado, no son aliadas naturales, como dice la propaganda. El mercado crea un mundo de nómadas mientras que la democracia requiere de un pueblo sedentario; el mercado asume que la suma del egoísmo genera el beneficio colectivo mientras que la democracia supone que la minoría aceptará la decisión de la mayoría. Finalmente, expone Attali, la competencia económica y la competencia política son un frágil sustento de civilización. Ambos, mercado y democracia, se fundamentan en la reversibilidad de las decisiones, de ahí su carácter transitorio. El tiempo de la democracia es hoy. De ahí que "la economía de mercado y la democracia tienden a favorecer lo efímero, lo precario." Empresarios y políticos manipulan el presente y evaden las responsabilidades del largo plazo, ese horizonte que es el cementerio de la humanidad

según Keynes.

Lo que más preocupa a quien fuera asesor del presidente socialista es la contradicción entre el libre mercado y la democracia. El mercado parece estar ganando la batalla. La corrupción, el dinero que patrocina a los partidos políticos, la dimensión de la economía del crimen son muestras del predominio del mercado sobre la ética democrática. Tendremos, advierte Attali, una especie de "dictadura de mercado" en donde los medios caerán en manos de inmensos consorcios internacionales, las nuevas tecnologías minarán el poder de las instituciones democráticas y el Internet destruirá a los intermediarios tradicionales de la moderación. La única manera de evitar que el mercado devore a la democracia es, según Attali, la modestia: buscar la combinación entre mercado y planeación, entre el debate democrático y la decisión técnica. Los europeos deben aprender de la eficiencia de los norteamericanos; los norteamericanos deben aprender de la solidaridad europea. Que Occidente se levante en dos pies, en cada lado del Atlántico.

El Museo Tamayo presentó una exposición de pintura de Peter Greenaway, el genial director inglés. La exhibición de notas, cuadros y apuntes del director de *El cocinero, el ladrón, su esposa y su amante* me pareció más bien triste. En los pasillos y en los muros podía reconocerse el trazo inteligente de Greenaway y su riqueza expresiva pero se extrañaba la atmósfera, ese aire operístico de sus cintas, la música angustiosa de Michael Nyman, la infinita arquitectura teatral de sus escenografías, la olorosa coloratura que marca la experiencia de su cine.

Con la exposición vino una brevísimas reseña de su cine. En el paquete, su obra más reciente: *El libro almohada, The pillow book*. Un ejemplo de lo mejor de Greenaway. La película es técnicamente admirable. El lienzo de la pantalla permite el entrecruce de múltiples texturas narrativas: historias, letras, sueños, recuerdos. El marco del cine adquiere la elasticidad que nunca ha tenido: escenas enmarcadas como una pequeña postal en una esquina del telón, cintas que despliegan la voluptuosidad de las letras, delicados recuadros que acompañan la imagen principal. Greenaway exprime la técnica. No se asusta por la llegada de la generación Nintendo. Su nuevo proyecto consiste en una película de ocho horas de duración que incluirá una versión en CD-Rom y otra para el Internet.

Una película densa, compleja como todo lo que ha hecho el director inglés. En esa cinta se ven, como en compendio, las obsesiones de Greenaway: sexo, venganza, amor, carne, números, letras, olores, cadáveres. El libro de la almohada basa su argumento en un libro escrito hace mil años por una cortesana japonesa. Se trata de un diario que relata la doble pasión de una mujer: las letras y la carne. Nagiko, la protagonista de la historia, se dice bendita por disfrutar con la misma intensidad los máximos placeres del mundo: el cuerpo y la literatura. El erotismo de la caligrafía. *The Pillow Book* es una película exquisita sobre tinta y papel. Una película que ilustra vivamente la metáfora del cuerpo como libro y el amor como escritura.